

Literalidad y Metáfora

1) ¿Cuál es la diferencia entre decir ‘es una bruja’, apuntando a una practicante de brujería, y decir ‘es una bruja’, señalando a una mujer malévola o perversa? Sería un grave error pensar que por tratarse de un ejemplo simple no alude él a toda una problemática de la cual no es nada fácil salir o, mejor dicho, salir airoso. La respuesta espontánea consistiría quizá en decir que, dado que se trata de una y la misma oración, el significado de lo que se dice habrá de ser exactamente el mismo. Esto, como veremos, es la posición de Donald Davidson. No obstante, es fácil sentirse tentado a decir que ello no puede ser así: en el primer caso **describimos** a una mujer, en tanto que en el segundo tratamos más bien de **dar a entender** algo respecto a ella. O sea, puede argumentarse que el hecho de que empleemos el mismo instrumento lingüístico, la misma oración, **no implica que decimos lo mismo en ambos casos**. Pero entonces si la oración es en ambos casos la misma y lo que se dice es en algún sentido o de alguna manera diferente, la diferencia de significación tendrá que provenir de algo externo a la oración misma. Tal vez querría entonces decirse algo como esto: la oración es la misma, pero su **aplicación** es diferente: en el primer caso hacemos una aplicación **literal** de ella; en el segundo la aplicamos más bien **metafóricamente**. Así, pues, la diferencia entre los actos lingüísticos involucrados brotaría de diferencias en la aplicación de lo que es uno y el mismo instrumento lingüístico. Pero esto dista mucho de ser una respuesta satisfactoria porque ¿en qué podría consistir la diferencia de aplicación de una y la misma oración? ¿En alteraciones de pronunciación? ¿En diferentes movimientos bucales? ¿En diferencias de tonos? ¿En que el hablante se dice a sí mismo algo como: estoy consciente de que en el primer caso uso la expresión literalmente en tanto que en el segundo la uso metafóricamente? Obviamente ninguna de estas sugerencias podría ser vista como una respuesta aceptable. Pero, además, la suposición de que el hablante efectivamente distingue una aplicación de otra por medio de un soliloquio interno no parece resolver ningún problema. En primer lugar, en dicha hipótesis se asume que el hablante ya conoce la diferencia entre lo literal y lo metafórico, que es lo que se suponía que queríamos explicar y, en segundo lugar, ¿cómo podría el oyente identificar las intenciones lingüísticas (*i.e.*, descriptivas o metafóricas, según el caso) del hablante? En vista de que la comunicación no es algo que se pueda explicar en términos de adivinanzas, la vía mental (intenciones del hablante, significado del hablante y demás) parece ser un recurso totalmente inadecuado para explicar la diferencia entre el sentido literal y el sentido metafórico de una expresión dada. Generalizando: el mentalismo no nos permite avanzar ni mínimamente en el esclarecimiento de los fenómenos lingüísticos, puesto que no se podrá nunca explicar de manera satisfactoria y convincente cómo entidades, procesos o estados como las intenciones de alguien podrían incidir en el significado establecido,

estándar, regulado, por todos conocido y compartido de, *e.g.*, una oración. El significado, sea lo que sea, es algo estable, fijo, público, no dependiente de nada “interno” al hablante, como ciertamente lo son en la perspectiva tradicional las intenciones de una persona.

Si la opción mentalista efectivamente está vedada, se podría intentar explicar la diferencia de aplicación de una y la misma oración en términos de diferencias en los contextos de aplicación. Empero, esto en realidad tampoco constituye una respuesta del todo satisfactoria, entre otras por la sencilla razón de que el contexto podría ser exactamente el mismo. De hecho un mismo hablante podría, por razones diferentes, usar respecto a diferentes mujeres la expresión ‘es una bruja’, en un caso para describir a una de ellas y en otro para hablar de la otra mujer metafóricamente. Y, en general: ¿cómo un mero cambio de contexto (un cambio geográfico, por ejemplo) podría explicar la diferencia entre la descripción y la metáfora? Esta otra opción, por lo menos presentada de manera cruda y sin matizar, tampoco parece plausible. En el mejor de los casos, el contexto parece ser indispensable mas no suficiente para aclarar la diferencia entre lo literal y lo metafórico.

Es evidente que la metáfora constituye todo un reto para cualquier filosofía del lenguaje que aspire a ser completa. Su sino, vale la pena señalarlo, ha sido de lo más tormentoso: pasó de ser una curiosidad (un poco como la paradoja de Epiménides) a un tema desdeñable y de un tema secundario a uno primordial. De hecho el estudio de la metáfora ha obligado a re-pensar el *status* mismo del lenguaje literal, pues se ha hecho ver que difícilmente podría éste funcionar **sin** el lenguaje metafórico. No sólo no hay sistema filosófico ni grandes teorías científicas en las que no se integren metáforas, sino que el lenguaje natural mismo, nuestra plataforma lingüística más básica, está *ab initio* plagado de metáforas.¹ Es, pues, de primera importancia dar cuenta de la metáfora, es decir, de su naturaleza, su funcionamiento, sus consecuencias y su importancia si a lo que aspiramos es a entender realmente qué es y cómo funciona el lenguaje humano. Antes de dar inicio a nuestro examen, sin embargo, será pertinente enunciar algunas dificultades de comprensión que de manera obvia la metáfora plantea.

2) Considérese rápidamente las siguientes metáforas:

- a) la vida es un sueño
- b) de pronto se convertía en un auténtico Drácula
- c) es una máquina de trabajo

¹ A este respecto puede verse el texto de G. Lakoff y M. Jonson, *Metaphors we live by* (Chicago: Chicago University Press, 1980).

- d) su evolución fue una hermosa crisálida
- e) el tiempo es oro
- f) el silencio es de plata
- g) el vino es la bebida de los dioses
- h) la venganza es un platillo que se come frío
- i) durante horas rumiaba sus ideas

Lo primero que llama la atención de sentencias como estas es una cierta contradicción: es claro (asumiendo en aras de la argumentación que las aceptamos) que se trata de oraciones tales que, si se les emplea de manera literal, resultan ser obviamente falsas o inclusive absurdas. Nadie se convierte súbitamente en un vampiro, el tiempo no es una moneda o un cheque con el que se pueda adquirir una mercancía o pagar por un servicio, ni la venganza ni las ideas se mastican, la vida de vigilia es precisamente con lo que se contrasta la vida onírica, ninguna persona es una máquina, y así sucesivamente. Así, pues, una metáfora es el resultado de usar una oración que “normalmente” daría lugar a un enunciado declaradamente falso o abiertamente absurdo. Pero ¿cómo puede una oración dar lugar simultáneamente a un enunciado declaradamente falso o asignificativo tomada literalmente y a un enunciado que consideramos verdadero o hasta instructivo, si se le toma metafóricamente? Aquí surgen enredos por cambios en las reglas de aplicación de las palabras que es menester rápidamente exponer.

Las dificultades que aquí tengo en mente tienen que ver ante todo con la negación y con la asignificatividad. Normalmente, una expresión no se convierte en significativa tan sólo por anteponerle o quitarle el signo de negación. De igual manera, la negación de una verdad conceptual, una tautología o una verdad analítica es una contradicción o lo que podríamos denominar una ‘falsedad analítica’. Ahora bien, estas reglas elementales ciertamente valen para el discurso literal, pero automáticamente dejan de valer cuando nos ubicamos en el plano del lenguaje metafórico. Por ejemplo, considerada literalmente la oración por medio de la cual expresamos una metáfora (‘el tiempo es oro’, ‘Juanito es una máquina de trabajo’) es una especie de contradicción o de falsedad analítica. Es “obvio”, supongo, que el tiempo no es un metal, no tiene color, peso atómico, al igual que Juanito no es un aparato, un artefacto, etc. De ahí que afirmar literalmente que el tiempo es oro o que Juanito es una máquina de trabajo forzosamente equivalga a decir algo que **tiene** que ser falso o absurdo. Sin embargo, **eso** es precisamente lo que se dice en las metáforas, las cuales además comprendemos sin problema y a las que por si fuera poco recurrimos para expresar “verdades” de diversa índole. Pero entonces una oración empleada metafóricamente no es ni una tautología o una verdad analítica ni una contradicción o una falsedad analítica. Parecería, pues, que es en la transición de la literalidad a la metáfora que se pasa de lo absurdo a lo significativo. Lo

metafórico, por lo tanto, se funda en lo absurdo literal. Curiosamente, sin embargo, la negación de una metáfora no es otra metáfora, sino una trivialidad literal, como por ejemplo “el silencio no es de plata”. Hay un sentido, por trivial que sea, en que eso es verdad. Se sigue que en el plano del discurso metafórico la negación no desempeña el mismo papel que en el del lenguaje literal. En este último nos lleva de verdad a falsedad (o a la inversa), en tanto que en el lenguaje metafórico nos lleva de absurdo literal aceptable y útil a verdad trivial e inservible.

Es claro que en última instancia lo único que con estas observaciones se logra es volver a plantear el problema, que es el de explicar un modo de hablar radicalmente diferente del literal. Una pregunta que por consiguiente no podemos no plantearnos es: ¿cómo es posible en absoluto el modo metafórico de hablar? Después de todo, cualquier hablante normal distingue perfectamente bien entre una metáfora y un absurdo; nunca los confundiría. ¿No es esto sorprendente? Lo menos que podemos preguntarnos es: ¿cómo lo logra? A esto trataré de responder en la sección (5) de este ensayo. Empero, lo que por el momento hay que tener presente es el hecho de que aunque tomada literalmente una oración sea abiertamente falsa o absurda, en su uso metafórico no es ni una falsedad ni una mentira ni una contradicción. Este fenómeno lingüístico ciertamente merece ser explicado.

No debería pasarse por alto que dificultades como ésta no son nuevas en filosofía. El *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein contiene una paradoja semejante: después de una serie de aclaraciones de primera importancia concernientes al mundo, al lenguaje, a las matemáticas, a la lógica, a los valores, a la ciencia, etc., el autor nos señala que todo lo que dijo es un sinsentido y que no hay más que un modo de aprovechar sus proposiciones: hay que usarlas (comprenderlas) y desecharlas, trascenderlas, abandonarlas, porque son auténticos absurdos. Pero ¿cómo puede un sinsentido, es decir, algo intrínsecamente ininteligible, algo que no es ni verdadero ni falso, ser de todos modos elucidatorio? Ni mucho menos me propongo abordar tan delicado tema en este trabajo, así como tampoco pretendo sugerir, insinuar o comprometerme con el punto de vista de que el *Tractatus* no es sino una colección de metáforas.² Lo único que quería era hacer ver que un rasgo peculiar y problemático de las metáforas genera dificultades de comprensión muy semejantes a las que plantea una obra clásica como el libro de Wittgenstein. Esto da una idea de lo difícil del tema.

² Aunque la idea no es descabellada. De hecho, eso es lo que B. F. McGuinness, por ejemplo, ha defendido al sostener que la primera parte no es más que un “mito ontológico”, elaborado para darnos la esencia del lenguaje. Véase, e.g., su “On the so-called Realism of the *Tractatus*” en *Perspectives on the Philosophy of Language*. Edited by (Oxford: Basil Blackwell, 198), pp. 60-73. Para una discusión más detallada de la “paradoja” del *Tractatus*, véase mi artículo “Descubriendo el sinsentido: lecturas absurdas y sensatas del *Tractatus*”.

El problema general a que dan lugar las metáforas es el de explicar cómo es posible usar algo (el lenguaje) para lo que *prima facie* **no** es su función. Ejemplificando de manera grotesca: ¿cómo se le puede dar a un auto un uso de lancha? Aparentemente, eso no es posible: un auto sirve para ciertas cosas y una lancha para otras. *Mutatis mutandis*: ¿cómo puede el lenguaje servir para decir algo diferente de lo que explícitamente dice? Una vez más, nos topamos con la pregunta arriba formulada: ¿cómo son **posibles** las metáforas? ¿Acaso son las metáforas el resultado de una fusión extraña de antiguos significados o resultan más bien de la creación de nuevos significados? Sobre estos problemas regresaré más abajo, pero por el momento quisiera trazar ciertas distinciones lexicográficas que pueden ser útiles para nuestro ulterior debate.

3) La metáfora pertenece a una familia de nociones, con algunos de cuyos miembros es en ocasiones confundida o identificada, por lo que creo que vale la pena intentar efectuar un mínimo de aclaración conceptual. Tengo en mente nociones como las de quimera, alegoría, símil, analogía, caricatura, ironía, personificación, juego de palabras, hipérbole, etc. Aquí me ocuparé tan sólo de algunas de ellas.

Consideremos primero ‘quimera’. Originalmente, esto es, en la mitología griega, se trataba de un monstruo con cabeza de león que inhalaba y exhalaba fuego. Muy pronto, sin embargo, el término pasó a significar cualquier monstruosidad. Por lo tanto y a primera vista por lo menos, una quimera no tiene mucho que ver con una metáfora. Sin embargo, la palabra ‘quimera’ implica también la idea de un pensamiento intrínsecamente falso, de una concepción carente por completo de fundamento. Es por eso que decir ‘eso es una quimera’ es como decir ‘eso es un invento’, ‘es algo que no tiene realidad’, ‘algo que sólo existe en tu imaginación’, etc. Es este matiz de significado lo que aproximaría las quimera a las metáforas. En ambos casos, hay una falsedad radical involucrada. Hay, no obstante, obvias diferencias: una quimera es una construcción enteramente arbitraria, en algún sentido “fácil”, una mera yuxtaposición de ideas, en tanto que (como veremos) las metáforas requieren de un esfuerzo de imaginación y hay siempre manera de justificar su aplicación. En contraste con ‘metáfora’, ‘quimera’ tiene además connotaciones abiertamente negativas. Demos un ejemplo. Supongamos que se afirma de alguien que es un monstruo: eso puede ser a la vez una quimera y una metáfora. Así, tal vez podría inferirse que una metáfora que (por así decirlo) no pasa, que no es aceptada o aceptable, una metáfora fallida es una mera quimera. Lo que esto indica es que la noción de quimera es de menor alcance que la de metáfora y no puede servir para explicarla. En cambio, si comprendemos lo que son las metáforas estaremos en mejor posición para comprender lo que son las quimeras.

Consideremos ahora ‘alegoría’. Una alegoría es algo a primera vista mucho más cercano a las metáforas que las quimeras, puesto que es la descripción disfrazada de algo. Por ejemplo, la muerte presentada como un esqueleto con una guadaña, la justicia como una muchacha con los ojos vendados sosteniendo una balanza, etc., son ejemplos típicos de alegorías. En este caso, la diferencia obvia entre alegorías y metáforas es que las primeras son ante todo (aunque no necesariamente) representaciones gráficas, en tanto que las metáforas son mecanismos esencialmente lingüísticos. No obstante, hay cierta similitud o acercamiento entre alegorías y metáforas que se explica porque algo es presentado de un modo como de hecho no es. La justicia no es una mujer vendada, así como el silencio no está hecho de un metal que se extrae de ciertas minas de, *e.g.*, México. Esto, empero, difícilmente bastaría para fundir en una sola clase alegorías y metáforas. Las primeras son básicamente ficciones, las segundas no tienen necesariamente ese carácter. Pero quizá la diferencia fundamental entre las alegorías y las metáforas radique en sus respectivas funciones: la función de una metáfora es presentar algo de cierta manera, con miras a promover una concepción determinada de ese algo, en tanto que la función de una alegoría es presentar algo de modo que pensemos en **otra** cosa. Así, pues, aunque ciertamente muy semejantes alegorías y metáforas no son lo mismo ni reducibles unas a las otras.

Una noción que aparentemente es mucho menos fácil de deslindar de las metáforas es la de símil. Un símil es básicamente una comparación; indica una similitud. Muchos autores han considerado que asociado con una metáfora hay siempre un símil, pero que precisamente por ello se trata de cosas diferentes. Por ejemplo, para la comparación **implícita** de la metáfora “ella es una bruja” está la comparación **explícita** del símil “ella es como una bruja”. En general, se ha tratado al símil como algo esencialmente diferente de la metáfora por dos razones, ambas claramente insuficientes. La primera es que su composición gramatical es diferente; la segunda es que en un caso se compara algo con algo implícitamente, en tanto que en el otro se les compara explícitamente. Ambos argumentos son superficiales y de hecho irrelevantes. Davidson, por ejemplo, rechaza brutalmente dicho punto de vista y con no malos argumentos. Alguien que también se ha ocupado del tema y que rechaza la tesis de la diferencia entre símiles y metáforas es A. Ortony. Para éste, los símiles y las metáforas son básicamente lo mismo, dado que la presencia o ausencia de partículas como ‘como’ no pueden por sí solas entrañar “ninguna diferencia cognitiva importante entre ellos”.³ En relación con la pretensión de que el carácter implícito o explícito de las comparaciones propias de metáforas y símiles basta para distinguirlos, su argumento es que dicha idea “parece no dar en el clavo. De hecho, ninguna [*comparación. ATB*] es explícita. En el símil, si hay en absoluto

³ A. Ortony, “Why Metaphors Are Necessary And Not Just Nice” en *Educational Theory*, vol. 25, número 1, (1975), p. 52.

comparación más que transferencia, la comparación sólo puede ser con respecto a ciertas características. Determinar cuáles son estas características es lo que está involucrado en la comprensión del símil. En la metáfora hay una aparente pretensión de identidad pero, una vez más, sólo con respecto a ciertas características. Que haya una pretensión de similitud o de identidad no está ni aquí ni allá. Puesto que ninguna de las afirmaciones se puede tomar literalmente, ambas dirigen al intérprete para determinar los respectos que son apropiados. Sólo si pudiéramos descubrir alguna diferencia importante entre ‘*x* y *y* son idénticos en ciertos respectos’ y ‘*x* y *y* son similares en ciertos respectos’ podría sostenerse que hay alguna diferencia importante entre la metáfora y el símil; sería en verdad una tarea difícil si se aspira a distinguir cualquier otra cosa que las características que, desde luego, están implícitas”.⁴ Dado que argumentaciones como la de Ortony me parecen concluyentes, me adhiero a la tesis de que la diferencia entre símiles y metáforas pertenece a la gramatical superficial y que distinguirlos sistemáticamente, como propone Fogelin que se haga, genera dificultades insolubles y es algo que habría que rechazar.

La siguiente noción importante con la que hay que contrastar a la de metáfora es la de analogía. La teoría de la analogía es sumamente compleja y de extensas ramificaciones, por lo que ni siquiera intentaré aquí ahondar en ella. La idea, sin embargo, es bastante simple. Una analogía pretende indicar una proporción o una similitud entre distintos grupos de cosas. Un esquema típico de razonamiento analógico es: *A* es a *B* como *C* es a *D*. Esto es ciertamente muy semejante a lo que podría ser el esquema de una metáfora. Supóngase que se dice que “El perro es con su amo como Carlos con su jefe”. Esto parecería ser el contenido de la metáfora “Carlos es un perro” o del símil “Carlos es como un perro”. El problema es que hay analogías no metafóricas, como en las proporciones matemáticas, y en las que no hay transferencia alguna de significado de una relación a otra, sino que es una y la misma relación la que estaría involucrada. Ortony añade el argumento de que “Cuando las analogías son usadas figurativamente tienden a ser usadas en grupos – los cuales requieren cuerpos más amplios de texto para transmitir complicadas interrelaciones entre relaciones”.⁵ Esto hace ver que es muy poco probable que la así llamada ‘teoría comparativa’ de la metáfora, que es en la que se recurre a la noción de analogía, pueda dar cuenta de todo caso de metáfora.

Otra noción que muy brevemente consideraré será la de ironía. Como se sabe, la ironía consiste en usar las palabras de modo tal que se dice lo contrario de lo que normalmente expresan. Por ejemplo, se puede exclamar, refiriéndose a alguien, ‘qué inteligente es!’, queriendo decir precisamente que se trata de un tonto. La ironía, por

⁴ A. Ortony, *ibid.*, p. 52.

⁵ A. Ortony, *ibid.*, p. 53.

lo tanto, no es una metáfora, pero tiene algo en común con ella, a saber, que en ambos casos se hace un uso **no estándar** del lenguaje (hay quien hablaría de “lenguaje figurativo”, pero yo prefiero hablar simplemente de lenguaje no literal). Siguiendo con nuestro ejemplo, el hablante podría haber dicho de su objeto de referencia ‘qué tonto es’ o ‘él sí que es un tonto’, pero optó por expresar la misma idea diciendo de él lo que no es, *viz.*, inteligente. O sea, usó una falsedad literal para sugerir una verdad literal. La diferencia con la metáfora consiste en que lo que en ésta se usa es una falsedad tautológica (algo parecido a una contradicción) para de ella inferir diversas verdades. Se trata, pues, de mecanismos semejantes, pero diferentes. Lo curioso del asunto es, una vez más, que en ambos casos los oyentes *ipso facto* comprenden los sentidos modificados de las aseveraciones.

La última noción con la que contrastaré el concepto de metáfora es la de juego de palabras. ¿No son acaso las metáforas precisamente eso? A mí me parece que lo que podría decirse es que las metáforas y los juegos de palabras mantienen entre sí ciertas “semejanzas de familia”, pero no son lo mismo. Como su nombre lo indica, un juego de palabras se ejerce, como por ejemplo en el caso de los palíndromos, sobre los signos mismos, en tanto que las metáforas tienen un carácter mucho más simbólico. Por otra parte, las metáforas son traducibles, los juegos de palabras no (o muy pocas veces). En ocasiones decimos cosas como ‘estás jugando con las palabras’ para decir que no se está hablando seriamente, que no se toman en cuenta las implicaciones y las consecuencias de lo que se dice y hace, etc. Nada de eso se aplica a las metáforas. Cualquier metáfora puede ser usada en el discurso serio (para declarar una guerra, por ejemplo). En los juegos de palabras se alteran cosas como el orden, los acentos, los énfasis, las pronunciaciones, etc., en tanto que las metáforas son más bien construcciones. Un juego de palabras puede dar pie a una metáfora, pero una metáfora es lógicamente independiente de los juegos de palabras.

Hemos hecho un breve recorrido por los dominios de los usos no literales del lenguaje, que es en donde se ubica la metáfora. Dicho recorrido algo nos dice, aunque sea por la vía del contraste, sobre la naturaleza de ésta. Debemos ahora enfrentar la difícil tarea de ofrecer nuestra caracterización de la metáfora. Antes, sin embargo, será conveniente decir unas cuantas palabras respecto a algunas de las grandes teorías que en relación con ella se han elaborado.

4) En su importante artículo sobre la metáfora,⁶ Max Black distingue tres grandes concepciones: la concepción sustitucionalista de la metáfora, la concepción comparativista y la teoría de la interacción. La que él favorece es, como veremos, la

⁶ M. Black, “Metaphor”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, LV (1954-55).

doctrina interactivista de la metáfora. La clasificación de Black es en verdad sumamente útil, aunque es discutible que dé cabida a todas las concepciones en circulación. Fogelin, por ejemplo, resulta ser un destacado exponente de la concepción comparativista, pero Davidson no resulta ubicable en su esquema. En este apartado, me ocuparé someramente de algunos de los puntos de vista de Black, de Fogelin y de Davidson, aprovechando claro está de diverso modo escritos de otros pensadores que se han ocupado del tema de la metáfora. Pertinentes y aclaratorias en particular me parecen algunas de las tesis de Ortony, como la del carácter compacto y el carácter vívido de las metáforas, sólo que no coincido ni con su formulación ni con la interpretación subjetivista que él les impone. Pero veamos rápidamente qué se sostiene en la teoría de Black, en las que él identifica y que defienden los otros pensadores mencionados.

A) *Teoría sustitucionalista*. La idea central es simple: el sentido de la expresión metafórica es **el mismo** que el sentido literal de la expresión por la que se le reemplaza. La metáfora funciona porque hay determinados contextos que permiten que “se detecte y transforme de manera apropiada el sentido impropio o anormal”.⁷ Desde esta perspectiva, por lo tanto, una metáfora es siempre reemplazable por su equivalente literal. Por ejemplo, si digo de alguien que “es un sol”, el sentido de mi metáfora puede ser “su cabello es de un rubio brillante” o podría ser “es magnífico”. Qué signifique concretamente una metáfora es algo que dependerá del tema. La diferencia entre el sentido metafórico de una expresión y su sustituto literal parecería radicar en que la metáfora llena un hueco lingüístico que no puede ser colmado por el lenguaje literal, porque la función fundamental de la metáfora sería, además de decir lo que dice y que el lenguaje literal hace explícito, entretener, hacer pensar, estimular la imaginación, etc., lo cual supuestamente no cae dentro de las funciones del lenguaje literal. Ahora bien, la verdad es que difícilmente podría verse en la teoría sustitutiva una teoría coherente, porque ¿para qué habría de sustituirse una expresión (la metafórica) por otra equivalente (la literal) o igual, es decir, por otra que serviría para decir exactamente lo mismo? Si en verdad la metáfora es reemplazable exitosamente por una oración empleada literalmente, entonces ésta habrá de resultarle al oyente tan inescrutable como la metáfora misma. Y aquí obviamente nos vemos arrastrados a un regreso sin fin: se necesitará otra expresión para interpretar la expresión literal dada, una para la nueva traducción, otra para esta última y así *ad infinitum*. Difícilmente, por lo tanto, podría la teoría sustitucionalista de la metáfora ser aceptable. Un defecto general de esta y otras teorías es que pretenden decirnos lo que la metáfora en esencia es, como si el concepto de metáfora no fuera más bien un concepto abierto que abarca o permite diversas modalidades de ejemplificación.

⁷ M. Black, *ibid.*, p. 453

B) *Teoría comparativista*. Según Black, las teorías de esta clase son un sub-conjunto de las teorías sustitutivas, porque la comparación que se estaría efectuando sería también con oraciones del modo literal de hablar. Las teorías comparativas sostienen que lo que está en la raíz de una metáfora es una analogía o una similitud. Al decir, por ejemplo, que el amor es un juego lo que hacemos es **comparar** el amor con los juegos (reglas, diversión, contrincantes, etc.). La metáfora permite comparar literalmente dos cosas diferentes. La inquietud que nos embarga en este caso, sin embargo, es la siguiente: admitiendo que toda metáfora contiene, implícita o explícitamente, una comparación: ¿se reduce a ella? Para empezar, hay que notar que no siempre que se establezcan comparaciones se tienen metáforas. Por ejemplo, si decimos algo como '3 es a 5 como 5 a 7', estamos comparando la relación que se da entre el 3 y el 5 con la que vale entre el 5 y el 7, pero ¿es eso una metáfora? Pienso que no. No toda comparación automáticamente acarrea o entraña una metáfora. De ahí que lo que tenemos que preguntar: ¿qué es lo que, añadido a una comparación, vuelve a una construcción lingüística una metáfora? Así, la teoría de la comparación da la impresión de ser, en el mejor de los casos, necesaria mas no suficiente.

La crítica de Black a esta teoría es, pienso, acertada: “La principal objeción en contra de la teoría comparativista es que padece de una vaguedad que la lleva al borde de la vacuidad. Se supone que debemos sorprendernos por cómo una expresión (M), usada metafóricamente, puede funcionar en lugar de una expresión (L) de la que se sostiene que es un sinónimo aproximado; y la respuesta que se ofrece es que aquello en lugar de lo cual está M (en su uso literal) es *similar* a aquello en lugar de lo cual está L”.⁸ La idea parece ser la siguiente: consideremos la metáfora ‘el tiempo es oro’. La comparación que aquí efectuamos entre el tiempo con el oro se hace explícita en una oración literal, algo como ‘al igual que el oro, el tiempo bien aprovechado nos permite lograr muchas cosas’ y se supone que esta última expresión es sinónima o equivalente a la metáfora en cuestión. En realidad, la objeción de Black me parece más bien ser que la teoría comparativista es no tanto vacua como circular: explica una semejanza entre expresiones apelando a una similitud entre cosas. Eso no parece ser una explicación de nada. Quizá lo redundante y equívoco en la formulación de Black sea que recurre a la problemática noción de sinonimia. Empero, si en lugar de sinonimia hablamos de equivalencia, de igualdad de implicaciones o consecuencias, etc., la objeción sigue valiendo y nos evitamos los problemas que acarrea consigo dicha noción. Pero una vez más: si las metáforas van a ser algo superfluo: ¿para que las queremos? Si todo lo que se diga por medio de ellas se puede decir de otra manera: ¿para qué existen? A esta pregunta la teoría comparativista no puede dar una respuesta satisfactoria.

⁸ M. Black, *ibid.*, p. 456.

Una variante del punto de vista comparativista es la posición defendida por Fogelin. Para éste, una metáfora es básicamente un símil, esto es, una aseveración de similitudes, una comparación. Pero asumiendo sin discutir que en efecto en toda metáfora está implícita una comparación, Fogelin pretende extraer ciertas conclusiones que resultan cuestionables en grado sumo. Según él, por ejemplo, “Una persona comprometida con la explicación comparativista de la metáfora sostendrá al menos estas dos tesis:

- a) El significado *literal* de una metáfora de la forma ‘A es un ϕ ’ es el mismo que el significado *literal* del símil contraparte de la forma ‘A es como un ϕ ’.
- b) El significado *figurativo* de una metáfora de la forma ‘A es como un ϕ ’ es el mismo que el significado *figurativo* del símil contraparte de la forma ‘A es como un ϕ ’.”⁹

Fogelin se rebela, siguiendo en esto a Davidson (en cuyo caso es comprensible) contra la idea de que en la metáfora se producen cambios de significación. Yo pienso, primero, que en este crucial punto tanto él como Davidson están en un error, pero abordaré el tema cuando presente la posición de este último, y, segundo, que la postura de Fogelin es intrínsecamente incoherente. En efecto, si nos fijamos nos daremos cuenta de que lo que él pretende es establecer ciertas correlaciones que son decididamente absurdas. Por ejemplo, si hay algo que **no** tiene sentido literal ese algo es precisamente la metáfora, así como si hay algo que **no** tiene significado figurativo es el lenguaje literal, como lo es el símil. Inevitablemente, Fogelin incurre en el error ya mencionado de hacer de las metáforas algo enteramente redundante. Si lo que literal y figurativamente una metáfora dice lo puede decir un símil: ¿para qué hay metáforas en absoluto? El lenguaje no le da cabida más que a lo indispensable, a las formas de hablar que cumplen una función propia e irreductible. En la perspectiva de Fogelin las metáforas no pasan dicho *test*. Nos vemos así frente a un dilema: o las metáforas cumplen una función *sui generis* que Fogelin no explica o éste tiene razón y podríamos eventualmente desprendernos de toda clase de metáfora, conformándonos con los símiles. Pienso que es el primer disyunto el verdadero.

C) *Davidson*. Como era de esperarse, la posición desarrollada por Davidson en su excelente ensayo sobre la metáfora¹⁰ es con mucho la mejor articulada y la más sólidamente defendida de las muchas que hay en circulación. La razón de ello es, naturalmente, que Davidson aborda el tema desde la perspectiva de una muy bien

⁹ R. J. Fogelin, *Figuratively Speaking* (New Haven/London: Yale University Press, 1988), p. 29.

¹⁰ D. Davidson, “What Metaphors Mean” en *Inquiries into Truth and Interpretation* (Oxford: Clarendon press, 1984), pp. 245-64.

estructurada teoría del significado. En verdad, es difícil no tener la impresión de que el tema de la metáfora es para él una cuestión secundaria, un asunto de mera deducción a partir de sus posiciones más generales sobre el significado, la verdad, la forma lógica, etc. A pesar de ello, creo que Davidson está radicalmente equivocado. Antes de criticarlo, sin embargo, habrá que exponer aunque sea en sus grandes lineamientos la posición por la que él aboga.

Quizá no esté de más advertir que el seminal artículo de Davidson contiene consideraciones de dos clases diferentes: críticas y constructivas. Sus objeciones a las diversas teorías que considera son en general contundentes y definitivas. Descarta él así la teoría comparativista, la teoría de la metáfora como una especie de ambigüedad, la teoría del símil, etc. No obstante, no me detendré en este trabajo a examinar en detalle sus argumentos en contra de otras teorías. Lo que quiero es simplemente discutir su posición, que es de lo único de lo que brevemente pretendo ocuparme aquí.

La tesis fundamental de Davidson es que las metáforas tienen el significado usual, ya que no hay otro. “El error central en contra del cual voy a argumentar es la idea de que una metáfora tiene, además de su sentido o significado literal, otro sentido o significado”.¹¹ Todo lo que por medio de las metáforas se logra brota del sentido literal de las palabras involucradas. Naturalmente, “Una consecuencia es que las oraciones en las que las metáforas aparecen son verdaderas o falsas del modo normal, literal”.¹² Es obvio que Davidson defiende aquí una posición abiertamente anti-wittgensteiniana: de acuerdo con él, lo que no se ha entendido es que una cosa es el significado y otra es el uso. No hay más que **un** significado de palabras y oraciones: el que éstas expresan directa, literalmente. Pero lo que hay que entender es que una vez interiorizado el significado de las oraciones, podemos hacer con ellas toda una variedad de cosas: criticar, mentir, jurar, prometer, asegurar, etc. Empero, todo ello se hace utilizando uno y el mismo significado. Las metáforas no tienen ningún significado oculto o misterioso o simplemente nuevo, ningún contenido cognitivo especial. No hay tal cosa como “significado metafórico”. Lo distintivo de las metáforas es su uso. “Y el uso especial al que en la metáfora sometemos al lenguaje no es – y no puede ser – ‘decir algo’ especial, no importa cuán indirectamente. Porque una metáfora *dice* sólo lo que muestra en su rostro – usualmente una falsedad patente o una verdad absurda. Y esta simple verdad o falsedad no necesita ninguna paráfrasis – su significado está dado en el significado literal de las palabras”.¹³ Y, según él, “Esto no es negar que haya tal cosa como verdad metafórica, sino sólo negarla de las oraciones. La metáfora efectivamente

¹¹ D. Davidson, *ibid.*, p. 246.

¹² D. Davidson, *ibid.*, p. 257.

¹³ D. Davidson, *ibid.*, p. 259.

nos conduce a notar lo que de otro modo podría no ser notado y no hay, supongo, ninguna razón para no decir de estas visiones, pensamientos y sentimientos inspirados por la metáfora que son verdaderos o falsos”.¹⁴ Una condición para que una oración pase por metafórica es que sea “patentemente falsa”. “En general, es sólo cuando se considera que una oración es falsa que la aceptamos como una metáfora y que nos lanzamos a la caza de su implicación oculta”.¹⁵ Y es precisamente porque una metáfora implica o suscita no sólo proposiciones, sino sentimientos, reacciones, emociones, etc., que es imposible decir lo que “significan”.

Como es bien sabido, Davidson sostiene que una teoría del significado para un lenguaje natural viene dada en términos de una teoría de la verdad para las oraciones de dicho lenguaje y dicha teoría es básicamente una teoría tarskiana de la verdad. Ni mucho menos me propongo discutir aquí y ahora una filosofía tan ambiciosa como el programa de Davidson, sino que me limitaré a señalar algunas inconsistencias en su planteamiento y a elevar un par de objeciones en contra del punto de vista defendido en el artículo sobre las metáforas. Pienso que si las objeciones fueran acertadas y la concepción davidsoniana de las metáforas quedara automáticamente bloqueada, ello indirectamente echaría grandes dudas sobre su programa general. Sin embargo, eso es algo sobre lo que no me pronunciaré en este trabajo.

Lo primero que habría que señalar es que, ocultas entre multitud de observaciones brillantes encontramos en el trabajo de Davidson aseveraciones sorprendentes y de las cuales lo menos que podemos decir es que son altamente contra-intuitivas, por no decir francamente increíbles. Por ejemplo, es sumamente extraño decir de una metáfora que es verdadera o falsa en el mismo sentido en que lo es una descripción. Eso es algo que sólo quien, como Davidson, dispone de una teoría puramente formal del lenguaje podría defender. Pero ¿son acaso verdad **en el mismo sentido** ‘París es la capital de Francia’ y ‘la palabra es de oro’? Confieso que mis “intuiciones lingüísticas” se rebelan contra esta sugerencia. Es claro, desde luego, que Davidson **tiene** que defender algo así, por paradójico que resulte, puesto que en el marco de una teoría del lenguaje como la suya sencillamente no hay cabida para algo tan intuitivamente atractivo y simple como la idea de modos diferentes de significación. Para él, dado que no hay más que **un** enfoque posible del lenguaje, esto es, el tarskiano, todas las oraciones tienen que tener significado o sentido de exactamente el mismo modo. Así, se meten en un único saco descripciones, prescripciones, rezos, órdenes, metáforas, chistes, amenazas, etc. Una posición así no puede estar bien. Pero, además, un modo indirecto de mostrar que la teoría davidsoniana por sí sola no basta para dar cuenta de la metáfora es que,

¹⁴ D. Davidson, *ibid.*, p. 257.

¹⁵ D. Davidson, *ibid.*, p. 257.

silenciosamente, Davidson mismo se sirve de nociones ajenas a ella. Así, aunque no las nombres, de hecho recurre a nociones propias de la teoría de actos de habla, esto es, más específicamente a la doctrina austriano-searleana de los actos ilocucionarios. Es sólo así que puede él distinguir el significado del empleo de una oración. El precio, claro está, es volver incoherente ambas doctrinas y, lo que es más importante para nosotros, dejar sin aclarar lo que son las metáforas puesto que, entre otras cosas, no nos dice nunca (o dice demasiado poco) en qué consiste el uso metafórico de una oración.

Esto me lleva al núcleo de mi discrepancia con lo que Davidson sostiene, algo que por otra parte él mismo admite. Dice: “Mi desacuerdo es con la explicación de cómo la metáfora realiza sus maravillas. Anticipando: dependo de la distinción entre lo que las palabras significan y aquello para lo que se usan. Pienso que la metáfora pertenece exclusivamente al dominio del uso”.¹⁶ Esto suena a una declaración de guerra (o a una trivialización) del punto de vista wittgensteiniano de que el significado de una palabra es el uso que de ella se haga. La idea wittgensteiniana es simple: las palabras no cargan consigo su significado; son meros signos o ruidos (manchas, sonidos, etc.). Es dependiendo de cómo se les aplique que adquirirán un determinado significado y, naturalmente, aplicaciones de palabras hay un número indefinido. Aquí llegamos a un callejón sin salida, a una opción última: es o por la visión davidsoniana o por la concepción wittgensteiniana del lenguaje por la que se tendrá que optar y es una de las dos la que habrá de prevalecer. Como no podemos aquí y ahora examinar a fondo ambas teorías, lo más que podemos hacer es formarnos una idea de sus respectivas fuerzas explicativas confrontando los puntos de vista a los que conducen en relación con la metáfora. Y, hasta donde podemos ver, la posición de Davidson no suena particularmente convincente.

Realmente, afirmar (como lo hace Davidson) que una metáfora dice lo que dice no es aclarar gran cosa. ¿Cuál es, pues, la función de las metáforas? Su respuesta es simple: “No hay duda de que las metáforas a menudo nos hacen notar aspectos de las cosas que no habíamos notado previamente; no hay duda de que llaman nuestra atención sobre analogías y similitudes; proporcionan una especie de lente o celosía, como dice Black, a través de la cual vemos los fenómenos relevantes. La cuestión no radica en eso sino en cómo se relaciona la metáfora con lo que nos hace ver”.¹⁷ En relación con esto, quisiera destacar dos puntos:

- a) Davidson acepta toda la variedad de puntos de vista que se puedan sostener sobre la metáfora con tal de que dichas explicaciones se enmarquen en su teoría general del lenguaje y

¹⁶ D. Davidson, *ibid.*, p. 247.

¹⁷ D. Davidson, *ibid.*, p. 261.

b) acerca de la crucial relación entre la metáfora y lo que ésta nos hacer ver Davidson no dice prácticamente nada!

En otras palabras, él no explica ni lo que son ni para qué sirven las metáforas: lo que él hace es decirnos que hay tal cosa como “uso metafórico de oraciones” y que este uso se funda en el significado usual o normal de las palabras. No hay necesidad de paráfrasis, explicaciones, aclaraciones de ninguna índole. La cuestión de la significación de las metáforas es un pseudo-problema. Cómo puede alguien usar las palabras para decir algo diferente de lo que normalmente significan es al parecer algo que, en su opinión, no amerita mayores aclaraciones. Lo único a lo que hay que aferrarse es a la tesis de que ni en las metáforas ni en ningún otro tropo se producen cambios de significado. Lo menos que podemos decir es que, como explicación de la metáfora la de Davidson es pobre.

Un último punto que quisiera tocar es el siguiente: con su perspicacia de siempre, Davidson observa que para que pueda hacerse un uso metafórico de una oración ésta tiene que ser patente o declaradamente falsa. Yo diría que esta es una estupenda “observación gramatical”. Sería sólo después de haber entendido eso que, trataríamos de determinar qué es lo que la metáfora en cuestión implica. Y luego añade: “Es probablemente por esta razón que la mayoría de las oraciones metafóricas son *patentement*e falsas, así como todos los símiles son trivialmente verdaderos. Lo absurdo o la contradicción en una oración metafórica garantiza que no la creeremos y nos invita, bajo las circunstancias apropiadas, a tomar la oración metafóricamente”.¹⁸ A pesar de la corrección de su observación, no deja de ser extraño que un lógico sostenga lo que él afirma, porque todos sabemos que una falsedad implica cualquier cosa. Podemos deducir de ella lo que queramos y nuestra inferencia no será nunca inválida. Pero ¿es cierto acaso que el recurso a una metáfora nos autoriza a deducir lo que nos venga en gana? Me parece que no. Pero ¿cómo es posible que Davidson se comprometa con un punto de vista tan endeble? ¿Qué clase de explicación es la que él está ofreciendo? La única que puede generar un enfoque puramente formal del lenguaje.

En resumen: aunque muy exitoso en su labor destructiva, creo que podemos afirmar con relativa seguridad que lo que Davidson dice sobre la metáfora no es la última palabra.

D) *Black*. La concepción desarrollada por Black y bautizada por él como ‘teoría de la interacción’, es con mucho la más ambiciosa y la mejor elaborada de las que hemos presentado y, en mi opinión, muy superior también a muchas otras que están

¹⁸ D. Davidson, *ibid.*, p. 258.

en circulación. Black hace al final de su célebre artículo una presentación detallada de su posición, pero aquí me limitaré a presentar el núcleo de su teoría. La idea es la siguiente: un “enunciado metafórico” tiene dos componentes: un tema principal y uno subsidiario. Dado que no necesariamente se trata de personas o de objetos, Black prefiere llamarlos “sistemas de cosas”. Ahora bien, cuando se recurre a una metáfora lo que se hace es aplicarle al tema principal elementos de un conjunto difuso de implicaciones asociadas con el tema subsidiario, implicaciones que las más de las veces son meros “lugares comunes”. Por ejemplo, si alguien dice “A partir del mediodía, Luis se convertía en un auténtico Barba Azul”, el hablante indica que está más o menos enterado de que Barba Azul (*i.e.*, un personaje de ficción) era un individuo cruel, vengativo, implacable con las mujeres, etc., y que algunos rasgos (o todos) de Barba Azul se le aplican a Luis. Es aquí que, de acuerdo con Black, se produce un “cambio de significado”. Cuáles sean los rasgos de Barba Azul implicados en el enunciado metafórico es algo que Black no especifica y que parece dejar al arbitrio del hablante.

Deseo sostener que la concepción de la metáfora esbozada por Black es básicamente correcta. No obstante, adolece en mi opinión del defecto de estar muy gruesamente delineada. Muchas cosas importantes, como por ejemplo en qué consiste el “cambio de significado”, quedan sin explicar, por lo que así como está resulta poco convincente. En lo que sigue ofrezco una caracterización y explicación de la metáfora en la que enfatizo diversos aspectos de dicho fenómeno lingüístico que Black descuida (quizá por considerarlos obvios) y que hacen que mi posición sea, aunque afín y muy semejante a la de Black, de todos modos suficientemente diferente de ella en diversos aspectos decisivos como para que se sienta la tentación de identificarlas.

5) *Aclaraciones en torno la metáfora.*

La metáfora es, como veremos, un fenómeno lingüístico complejo. Tiene muchas facetas y se le puede examinar desde diversas perspectivas. En lo que sigue trataré de esclarecer de manera ordenada diversos aspectos de la metáfora que pueden ser tratados en forma aislada, pero que obviamente revisten toda su importancia sólo cuando se les pone en conexión a unos con otros. Confío, pues, en que el cuadro final que me propongo pintar de la metáfora resultará comprensible y aceptable.

a) *Literalidad y redundancia.* Quizá lo primero que quisiera señalar en relación con las metáforas es algo que, aunque en el fondo no lo es, a primera vista podría parecer una contradicción. Me refiero a lo siguiente: sostengo que, por una parte, lo que hablantes y oyentes **dicen** que dice una metáfora puede siempre ser dicho de manera

literal, pero de ello **no** se sigue que la **función** de la metáfora sea redundante. Empecemos nuestra explicación con un ejemplo. Es bien sabido que las madres inglesas de principios del siglo XIX repetían a diestra y siniestra que Napoleón Bonaparte era un ogro y amenazaban a sus pequeñuelos diciéndoles que el ogro podría venir por ellos si se portaban mal. Lo que hacían era, obviamente, emplear una metáfora con ciertos objetivos en mente. Ahora bien, si se les hubiera preguntado a quienes recurrían a dicha metáfora qué habían querido decir, su respuesta habría tenido que ser sido extraída del *stock* de lugares comunes de la época referentes a Napoleón: un mal hombre que pretendía esclavizar a la humanidad, un general sanguinario, un *parvenu* ambicioso, alguien que luchaba en contra del mundo libre, un villano que pretendía exportar el caos revolucionario, etc., etc. Así, pues, de alguna manera el “contenido metafórico” de una expresión inevitablemente se hace explícito en el lenguaje usual, esto es, literal. Esto, claro está, no significa que dicho contenido esté **dado** explícitamente. Lo que quiero decir es simplemente que no es real mientras no se materialice, esto es, mientras los usuarios de la metáfora no digan explícitamente, no pongan en palabras qué entendieron por ella. Rechazo, pues, la idea de que la peculiaridad de la metáfora consiste en que tiene un contenido especial, inexpresable, etc. Más bien, el sentido de la metáfora va cambiando en función de los reemplazos concretos legítimos a que dé lugar y los cuales habrán de hacerse en el lenguaje literal. Así, la metáfora contiene, sintetiza o condensa una lista abierta de potenciales sustituciones, sin desde luego estar comprometida con alguna de ellas en especial. Ahora bien, desde nuestra perspectiva la metáfora es imprescindible por la sencilla razón de que su función **es** única. Así, pues, lo que por medio de las metáforas se dice es algo que se expresa **en** el lenguaje usual, por medio de los significados usuales de las expresiones con las que las metáforas están asociadas, pero ello no las vuelve redundantes o prescindibles.

b) *Concepto abierto*. ¿Qué es lo que se hace mediante una metáfora? La pregunta es engañosa, porque de entrada sugiere que las metáforas tienen sólo una función. Creo, por consiguiente, que sería más apto reemplazarla por esta otra: ¿es el concepto de metáfora un concepto abierto o un concepto definible al modo como lo son, digamos, ‘soltero’ o ‘triángulo’? Si pensáramos que el concepto de metáfora es definible, inevitablemente nos veríamos comprometidos con alguna de las teorías en circulación, las cuales aspiran a darnos la “esencia” de la metáfora (una comparación, una analogía, una sustitución, una fusión de significados, etc.). Me parece, sin embargo, que dicha posición es inaceptable. La verdad es que no hay por qué o para qué negar que las metáforas pueden cumplir toda una variedad de actos lingüísticos: se pueden hacer comparaciones, reemplazos, equivalencias y en general establecer conexiones de lo más variado, pero precisamente por ser tan variados sus posibles modos de operar ninguno de ellos es definitorio de la metáfora. Lo que en

cambio sí es importante es que en todos los casos se procede de la misma manera: lo que Black llama el ‘tema subsidiario’ abre las puertas, permite el acceso a un número indeterminado de proposiciones asociadas con él, de las cuales el oyente selecciona a su gusto las que cree que son las que mejor encajan con lo que el hablante sostiene en relación con el “tema principal”. Es en este sentido que se habla, equívocamente quizá, de “cambio de significado”. Veremos inclusive más abajo que en lugar de hablar de misteriosas transmutaciones de significados sería quizá más correcto hablar en relación con las metáforas de supresión de significado. Esto, espero, se aclarará posteriormente.

c) *Clases de metáforas.* Las metáforas se pueden agrupar en dos grandes clases, entre las cuales obviamente no hay límites nítidos. Están, en primer lugar, las metáforas convencionales, las establecidas, esto es, formas gramaticales a las que en todo momento se puede recurrir y que permiten expresar pensamientos muy generales, vagos, poco interesantes (“el tiempo es oro”, “el amor es una especie de guerra”, “la muerte es una liberación”, y así indefinidamente). Se trata de expedientes lingüísticos de consumo inmediato y fácil, aunque el riesgo que se corre por servirse de ellos es, todos lo entendemos, el de enunciar banalidades. En segundo lugar, sin embargo, están las metáforas que los hablantes son capaces de improvisar durante su conversación. Éstas pueden ser afortunadas o desafortunadas, tener éxito o fracasar, ser brillantes o fallidas, pero en todo caso son las creaciones de los hablantes y reflejan su autonomía e inventiva lingüísticas. Es evidente, por otra parte, que estos adjetivos son más apropiados que ‘verdaderas’ y ‘falsas’, los cuales aplicados al lenguaje no literal se vuelven sumamente sospechosos. Por otra parte, los temas de las metáforas pueden ser generales (*e.g.*, la guerra, la amistad, etc.) o particulares (una persona, una situación, un lugar y así sucesivamente). ¿Quién entonces construye metáforas? El buen hablante, esto es, el usuario imaginativo y creativo del lenguaje.

d) *Expresiones y contextos.* Debería quedar claro que las palabras no se dividen en “esencialmente metafóricas” y “a-metáfóricas”. Cualquier nombre propio, cualquier descripción, cualquier objeto, país, fenómeno, etc., puede convertirse en blanco para un enunciado metafórico. Pero entonces ¿cómo o de dónde surge “lo metafórico” si es verdad que no hay palabras o expresiones típicamente metafóricas? La respuesta es simple: del **uso** particular que un hablante hace de una expresión o una oración dada. La oración ‘Napoleón es un ogro’ puede ser usada como una descripción, como una metáfora, como una burla, como un insulto, para indicar quién es el enemigo, etc. Cuál de las múltiples opciones sea la pertinente es algo que depende por completo de quien recurre a la metáfora o se sirve de ella. Ahora bien, aunque es cierto que hay un sentido en el que el uso responde a una decisión enteramente libre por parte del hablante, hay otro sentido en el que esa libertad está condicionada e

inclusive limitada dentro ciertos márgenes. La razón de esto último es evidente: las metáforas tienen también **condiciones de aplicación**. De ahí que el problema que plantea el tema de la metáfora es que exige que se consideren cosas tan diversas como las formaciones de palabras, los usos, la temática y los contextos de las emisiones. Esto da una idea de lo complejo que es dicho tema. Lo que en todo caso quiero enfáticamente defender es la idea (por la que abogo más abajo) de que las supuestas “intenciones” del hablante son completamente irrelevantes y que no sólo no tiene el menor sentido apelar a ellas sino que es altamente contraproducente intentar incorporarlas en la explicación. Por último, y paralelamente a lo dicho más arriba, sostengo que no hay contextos especiales para el recurso a la metáfora. Es una ingenuidad filosófica pensar que la poesía o la religión son **los** contextos propios de la metáfora. En los discursos usual, político, diplomático, artístico, científico, etc., el recurso a la metáfora es un fenómeno común y cotidiano. En lo que a metáforas concierne, no hay contextos privilegiados (salvo quizá, negativamente, simbolismos como la notación musical, los lenguajes matemáticos, etc., en donde la creación de metáforas es simplemente imposible). En resumen: no hay ni términos especialmente diseñados para ser empleados metafóricamente ni contextos discursivos privilegiados que acaparen el recurso a las metáforas.

e) *Metaforicidad*. Para nosotros, una metáfora es en primer lugar una figura lingüística especial, un tropo. Por consiguiente, no cualquier expresión puede desempeñar el papel de metáfora y esto, claro está, independientemente de cuáles sean las intenciones del hablante. Desde el punto de vista de su constitución semántica, la condición primordial para que pueda haber un uso metafórico de una expresión parecería ser, como ya vimos, que se trate de una expresión que tomada literalmente sea **patentemente falsa o absurda**. En relación con este punto Davidson tiene toda la razón y creo inclusive que podemos hablar de coincidencia generalizada. Es, pues, obvio que hay expresiones, como ‘el tigre es un felino’ o ‘él se llama “Juanito”’ que, sean las que sean las intenciones del hablante, sencillamente no serán nunca susceptibles de expresar una metáfora. Así, pues, toda metáfora presupone el instrumental lingüístico apropiado para su emisión, a saber, una oración declaradamente falsa o literalmente absurda.

En segundo lugar, debemos distinguir dos rasgos de una metáfora:

- a) su carácter pertinente o impertinente, y
- b) su carácter adecuado o inadecuado.

Lo primero tiene que ver con la cuestión de si una metáfora es o no relevante en un contexto dado. Es factible que un hablante haga un mal uso de un mecanismo lingüístico determinado (como la metáfora) del mismo modo como alguien puede

contar un chiste en una situación en la que justamente ello sería lo menos apropiado; lo segundo tiene más bien que ver con la cuestión de cuán exitosa, esclarecedora e iluminadora, o fallida, grotesca, mal construida, etc., resulte una metáfora. Pero, y esto es importante, gramaticalidad, pertinencia y adecuación serían las facetas formales necesarias y suficientes en torno a la metáfora. A partir de este momento ya no es su conformación, sino su funcionalidad y utilidad lo que estaría en juego y lo que sería importante aprehender.

f) *Temas y contextos.* En verdad, lo que es realmente elusivo en el tema de la metáfora es la determinación de cuándo el uso metafórico de una oración es pertinente y adecuado. Esto, pienso, es algo que no puede especificarse de manera enteramente *a priori*, sino que queda determinado por los **temas de** los que se habla y los **contextos en** lo que se habla. Una vez más, la alusión a las famosas “intenciones del hablante” sólo entorpecen la comprensión del tema de la metáfora. Debería ser evidente para todo mundo que ni las metáforas ni las proposiciones usuales son comprensibles de manera descontextualizada. La metáfora es un mecanismo esencialmente conversacional y, por lo tanto, presupone un contexto de intercambio lingüístico en el cual se inscribe y al cual enriquece. Si en medio de una conversación sobre, *e.g.*, el teorema de Gödel, a alguien se le ocurre decir ‘Sí, porque ojos que no ven corazón que no siente’, en **ese** contexto particular **esa** oración particular **no** da lugar a una metáfora. Sería una expresión enteramente redundante y que no contribuiría en nada al juego lingüístico. Así, si se “entiende” el contexto (como de manera natural lo “entiende” quien participa en una conversación o en un intercambio epistolar) automáticamente y de manera natural se “sabe” qué clase de expresiones pueden ser metafóricas y cuáles no. O sea, en general ningún hablante normal se equivoca respecto a si una expresión cumple con la condición de ser pertinente o no y, por consiguiente, “sabe” sin que haya necesidad de explicarle nada si lo que se dijo fue una metáfora o no. Es por eso que en el fondo no tiene nada de sorprendente que de hecho ningún hablante normal se confunda y tome una metáfora por algo diferente. Y, por otra parte, es la riqueza lingüística de los participantes, sus respectivas capacidades para establecer asociaciones, conexiones, parangones, descripciones, etc., lo que determinará si una metáfora en particular es adecuada o no. Así, pues, gramática, contexto y temática son suficientes para dar cuenta de la metáfora. No necesitamos en lo absoluto el retrógrado mentalismo en el que nos hunde la obsoleta idea de “intenciones del hablante”.

g) *Incomprensiones.* Lo anterior explica por qué no hay ni puede haber algo así como una “mecánica” de la metáfora. Dejando de lado las banalidades establecidas y de amplia circulación, es claro que las metáforas brotan de un ejercicio de libertad lingüística y de ingenio semántico, reflejan la inventiva del hablante y en alguna medida ponen a prueba la del oyente, puesto que puede darse el caso de que alguien

construya metáforas sutiles que el oyente no disfrute, es decir, que simplemente las deje pasar. Quizá no estaría de más preguntarnos: ¿qué sería no entender una metáfora? ¿Qué clase de hablante tendría que ser aquel que no comprendiera las metáforas y fuera incapaz de construir una sola? Para evitarnos enredos innecesarios, preguntémosnos mejor: ¿cómo se manifiesta la incompreensión de una metáfora? El que una expresión metafórica no le “diga” nada a un oyente, significa que el hablante no logró construir su “puente lingüístico” hacia un conjunto abierto de proposiciones en principio aplicables al tema principal. Pero en realidad sería muy extraño (y de hecho impensable) que algo así sucediera y es por eso que es difícil visualizar una situación en la que un hablante, supuestamente normal, no entiende que se está hablando metafóricamente. Para exhibir el carácter semi-absurdo de la situación planteada más arriba, basta con cambiar el contenido. Así, podríamos preguntar: ¿qué tendría que suceder o cómo tendría que ser un hablante para que entendiera únicamente el lenguaje descriptivo y no, *e.g.*, el evaluativo? La respuesta es: “No tenemos la menor idea”. Dicha respuesta, sin embargo, no sería producto de mera ignorancia, sino que se deriva del hecho de que el aprendizaje del lenguaje es integral, no por sectores. Lo mismo acontece, *mutatis mutandis*, con los lenguajes literal y figurativo: desde el inicio vienen entrelazados. El ciego a la metáfora, por lo tanto tendría que ser un hablante sometido a un entrenamiento lingüístico tan anormal que es prácticamente inimaginable y, como es obvio, no es nada fácil ni imaginar ni diagnosticar la anormalidad. En todo caso, es claro que sólo un ser lingüísticamente mutilado podría describir hechos y no entender metáforas. El hablante normal no es así.

h) *Función y significado*. Consideremos ahora la cuestión de la **utilidad** de la metáfora. Naturalmente, y *pace* Davidson, este tema está estrechamente vinculado al de su “significado”. Vimos que hay quienes piensan que la metáfora crea nuevos significados, en tanto que hay quienes sostienen que el significado de una oración metafórica es exactamente el mismo que el de la oración literal. Desde mi punto de vista ambas posiciones son erradas. La determinación del significado de una expresión no puede, como pretende Davidson, considerarse al margen de su uso. Por lo tanto, es en la aprehensión y descripción de su utilidad en donde está la clave para aprehender el peculiar modo de significación de las metáforas. Por otra parte, creo también que la idea de un “significado” nuevo es un mero espejismo lingüístico y la prueba de ello es que a final de cuentas nadie es capaz de hacerlo explícito: siempre que se le pregunta a alguien por el significado oculto de la metáfora nunca se nos da una respuesta clara y mínimamente satisfactoria. La razón es, obviamente, que no hay tal significado especial.

Nuestro problema es, pues: ¿qué o cómo significa una metáfora? Si no me equivoco, más que tener un significado especial el modo de significación de las

metáforas consiste en ser una especie de **punto semántico** que lleva desde (recurriendo a la terminología de Black) el “tema principal” hacia un conjunto indeterminado de proposiciones asociadas con “el tema subsidiario” pero que vale, o se cree que valen, para el tema principal. Por ejemplo, la palabra ‘diosa’ tiene todo un horizonte de implicaciones y connotaciones, probablemente imposibles de sistematizar pero de seguro que bien conocido por cualquier hablante normal. Si ahora yo digo ‘Cleopatra era una diosa’, los oyentes “traducirán” mi metáfora reemplazando ‘diosa’ por alguna de las ideas asociadas con la palabra (riqueza, belleza, omnipotencia, magnificencia, poderío, etc.). Naturalmente, cada hablante escogerá la o las “implicaciones” que más adecuada(s) le parezca(n). Evidentemente, no hay para ello ni puede haber reglas mecánicas de tipo “cuando se use la palabra ‘diosa’ se debe pensar primero en el poder, en segundo lugar en la belleza, en tercer lugar en la riqueza, etc.”. Una idea así es ridícula. Por lo tanto, qué signifique una metáfora es algo que dependerá del reemplazo de nociones que se haga en un momento dado, por ejemplo cada vez que se le pregunte a alguien qué entendió por la metáfora en cuestión. Deduzco de lo anterior que más que **un** significado nuevo, hay un sentido en el que las metáforas **no** tienen significado, sino que sirven más bien para abrir súbitamente todo un espectro de pensamientos. Pasa, pues, con ellas exactamente lo mismo que, como bien nos lo enseñó Wittgenstein, sucede los nombres propios: los usamos sin un significado **fijo**.¹⁹ Esto se asemeja mucho a lo que Ortony llama la ‘tesis de la compacidad’ (o carácter compacto) de las metáforas,²⁰ aunque por razones implícitas en lo que he sostenido pienso que es preferible no recurrir a su terminología. Por último, deseo enfatizar el dato de que las metáforas tienen efectivamente connotaciones de diversa índole, es decir, suscitan en los hablantes toda una gama de emociones, imágenes y asociaciones (además de los pensamientos que acarrea o “implica”) que sirven para orientar al oyente en la dirección que al hablante conviene. Esta ciertamente es otra de las facetas de las metáforas: le permiten a los hablantes darle colorido al discurso, a las ideas que intentan verbalizar y transmitir pero, y esto es muy importante, dicho “colorido” **no** forma parte del significado de la metáfora. Está contingentemente ligado a él, pero no son parte de él. A final de cuentas, una metáfora es una presentación insólita de un tema dado y una invitación al oyente a verlo de esa manera: a Napoleón como un ogro, a Cleopatra como una diosa, etc. La metáfora le permite al hablante **guiar** al oyente en la dirección que él considera correcta. Todo esto hace ver cuán erradas son las propuestas para comprender la naturaleza de la metáfora en términos de “significados extendidos”, de una supuesta discordancia entre lo literal y lo figurativo, de sorprendentes traducciones de lo mental a lo verbal y a la inversa, de contenidos cognitivos especiales, de captación inefable de intenciones y así indefinidamente.

¹⁹ L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Oxford: Basil Blackwell, 1974), sec. 79.

²⁰ A. Ortony, *op. cit.*, pp. 47-8.

i) *Pensamiento*. Las tradicionales asociaciones de las metáforas con lo sublime, lo inexpresable, lo intraducible, etc., hicieron de las metáforas algo demasiado dependiente de cosas como la poesía e hicieron que se perdiera de vista el hecho de que son sumamente importantes para la expresión del “pensamiento serio” (científico, político, filosófico, etc.). Esto es una consecuencia lógica de su función: fungir como base para la construcción de una nueva plataforma para enunciados literales. La metáfora permite la expansión del lenguaje y, por ende, del pensamiento. Las metáforas mismas no expresan proposiciones, pero permiten que los dominios de la proposición se ensanchen, se amplíen. Esto aclara también por qué no tiene mayor sentido, como quiere Davidson, decir de las metáforas que son verdaderas o falsas: se les convierte en oraciones que expresan proposiciones con lo cual automáticamente se les hace perder su peculiaridad.

Un catálogo de ejemplos no sólo útiles sino también bellos de metáforas lo encontramos en las *Fábulas* de La Fontaine. A través de multitud de metáforas (“el león enamorado”, “la gallina de los huevos de oro”, etc.), el poeta moralista extrae lecciones de conducta, recetas acerca de cómo vivir, recomendaciones para actuar que son no sólo interesantes, sino convincentes. A través o por medio de sus metáforas, La Fontaine nos regala su sabiduría. Ahora bien, esto que sucede en el campo de la moralidad sucede también en la física (“partículas”, “campo”, etc.) y prácticamente en cualquier disciplina. La utilidad de las metáforas en estos otros contextos es que permiten introducir nuevos tecnicismos. De esta manera se amplía el lenguaje, puesto que crece el vocabulario, y esto permite la gestación de pensamientos nuevos. De ahí que la distinción <literal/metafórico> sea puramente conceptual, pero no factual: el lenguaje natural no podría expandirse sin el recurso de la metáfora. Como resultado éste es ciertamente de primera importancia.

j) *Peligros*. Es menester enfatizar que el tema de la metáfora se presta como pocas a la fácil mitologización filosófica. En efecto y por paradójico que resulte después de lo que hemos dicho acerca del modo como las metáforas funcionan, tenemos que señalar que el gran peligro de las metáforas es que no se les tome como lo que son, sino que se les tome precisamente por lo que **no** son, esto es, **literalmente**. Por increíble que parezca, esto es lo que a menudo sucede, en especial en los discursos científico y filosófico, particularmente en este último. Una lista breve de ejemplos eliminará, pienso, las dudas que se puedan tener al respecto. Entre las muchas metáforas mal entendidas en filosofía tenemos las siguientes:

- a) el espacio es el gran contenedor
- b) el tiempo es un túnel
- c) Dios es nuestro padre
- d) Dios está en el corazón

- e) el pasado es inmodificable
- f) la causalidad es el cemento del universo
- g) se piensa con la cabeza
- h) la mente está en el cerebro
- i) los pensamientos se transmiten
- j) el “yo” es inasible
- k) los objetos son la sustancia del mundo

La verdad es que podríamos alargar la lista tanto cuanto quisiéramos, pero los ejemplos dados bastan para hacer comprender la clase de peligros que las metáforas entrañan en filosofía. No es por capricho que Wittgenstein nos previno una y otra vez respecto a la lectura filosófica, esto es, distorsionada, de oraciones normales, una lectura que resulta por no fijarse más que en la forma oracional y por descuidar sus variadas aplicaciones. La metáfora es un excelente ejemplo del desdén por la descripción de la aplicación, por insistir en distinguir uso de significado. Por ello, algo de lo que nuestras aclaraciones en torno a las metáforas, si son acertadas, contribuyen a poner de manifiesto es la inmensa superioridad del enfoque wittgensteiniano.